

Con José Germán Araújo (CUF, Democracia Avanzada)

Entrevista de Guillermo Waksman

Por la vuelta

Ya no hay proscriptos de la dictadura, pero queda uno de la democracia: José Germán Araújo, un no comunista que el jueves 17 volvió a ser proclamado primer candidato al Senado por la coalición Democracia Avanzada. Araújo reivindica su estilo y para nada se arrepiente de ninguna de sus actitudes, algunas de las cuales fueron muy polémicas incluso en la izquierda.

"No es que no haya hecho mi autocritica —aclara—, la hice y quedé más convencido que nunca de que había actuado correctamente."

—¿Cómo debe encarar el Frente sus relaciones con los sectores que conformaron el "espacio verde"? ¿Como potenciales aliados o como adversarios que en noviembre pelearán similares franjas del electorado?

—Soy partidario de marcar las distancias que realmente existen. Tomemos el caso del Movimiento Nacional de Rocha. Es cierto que ha actuado con mayor coherencia y seriedad que Por la Patria, pero de allí no se puede inferir que todos sus dirigentes sean progresistas. Por el contrario, en 1984, el MNR recogió el voto blanco más conservador, sobre todo en el Interior. Y cuando digo conservador no hablo sólo en materia económica, sino también de derechos humanos. No podemos olvidarnos que fue recién a último momento que el MNR decidió no votar la ley de impunidad; hasta entonces el senador Pereyra estuvo en todas las gestiones y conocía todos los compromisos asumidos por Wilson Ferreira Aldunate. Había estado, para empezar, en la reunión en Anchorena con los militares y no la había denunciado. Hasta que votó en contra de la ley su actitud no había sido demasiado clara y personalmente no descarto que su decisión final se haya debido, sobre todo, a una cobranza de cuentas dentro del Partido Nacional. Pero además hay otra cosa: en el hipotético caso de que Pereyra obtuviera la Presidencia, tendría que pactar su programa de gobierno con el resto de su Partido y, antes que nada, con el herrerismo.

También me parece importante aclarar que marcar diferencias no significa cerrar las puertas para el futuro, del mismo modo que cuando el senador Pereyra votó mi expulsión del Senado sabía que, más tarde o más temprano, nos volveríamos a encontrar.

—¿Se pudo haber evitado la ruptura del Frente?

—El FA hizo todo lo posible por evitarla. Cedimos en todo lo que podíamos ceder. Yo hasta último momento no creí que se llegara a la ruptura; pensaba que se irían algunos dirigentes, pero no el senador Batalla. Porque le creí cuando me había dicho que de ninguna manera se retiraría del FA. De haber seguido juntos el triunfo en Montevideo hubiera sido seguro, pero viviríamos con el Jesús en la boca, con la amenaza permanente de que se fuera algún edil y se creara un vacío de poder en el gobierno departamental. Ahora el FA llega rápidamente a acuerdos, tanto en materia de programa como de candidaturas, y ofrece una seguridad que antes no teníamos. Y sin embargo, siguen subsistiendo grandes posibilidades de ganar Montevideo.

—Faltan menos de dos meses para que termine el actual período de sesiones del Parlamento. ¿Usted cree que el Tribunal de lo Contencioso Administrativo falle antes de esa fecha y disponga su reintegro al Senado?

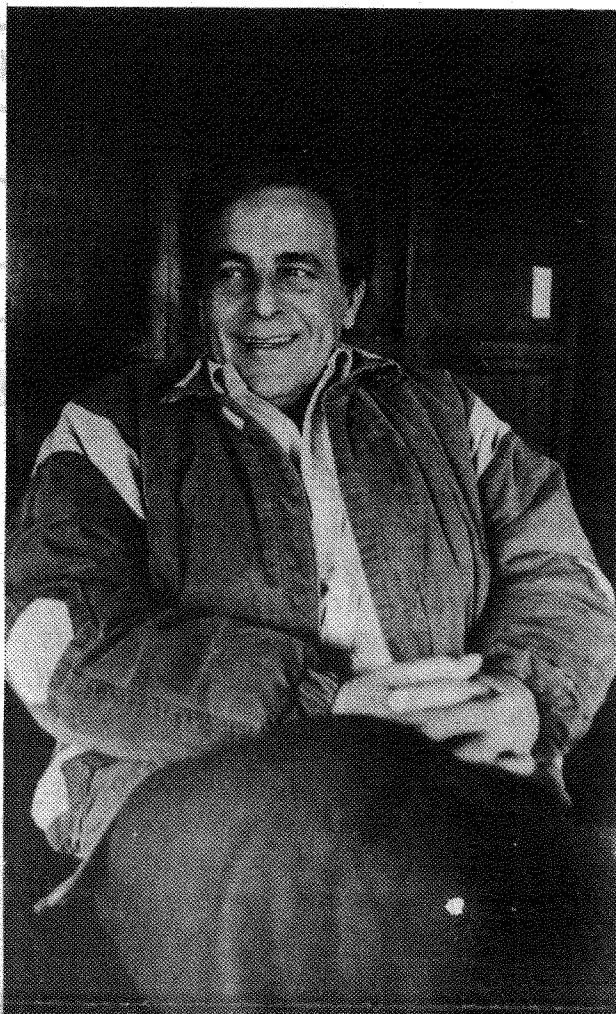
—Me parece difícil. Lo que pasa es que el doctor Tarigo no en vano es especialista en derecho procesal y planteó la incompetencia del Tribunal para demorar un año el tratamiento de la cuestión de fondo.

—Más allá de que su expulsión del Senado haya sido ilegítima y arbitraria, ¿no cree que hubo actitudes suyas que la facilitaron y en cierto modo la provocaron?

—De ninguna manera. Cuando relaté por La Radio la castración y el asesinato de Gelós Bonilla, cuyos autores están identificados, fue porque sentí que quienes acababan de consagrar la impunidad se convertían realmente en cómplices de los asesinos. Ellos se sintieron agraviados por mis palabras, pero yo me había sentido agraviado por la impunidad que ellos habían votado.

—Sin embargo, en aquel momento, usted hizo una autocritica y dijo que en realidad, llevado por la emoción, se había excedido en sus expresiones.

—No. Hay una confusión porque eso fue lo que planteó en la Cámara de Diputados el doctor Nelson Alonso, quien había hablado telefónicamente conmigo y



ARAÚJO: "La CUF propuso que cada sector de Democracia Avanzada marcara sus propios votos, pero no hubo ambiente".

entendió mal lo que le transmití. Porque hasta el día de hoy, cada vez que reviso lo que hice en aquella oportunidad, sigo pensando que dije lo que debía decir.

—Además de lo que dijo en La Radio cuando se aprobó la ley de Caducidad, se le reprocha un estilo parlamentario demasiado agresivo.

—Sí, pero no es cierto. Ni me he tomado a golpes de puño con nadie (como ocurrió siete veces en esta legislatura) ni tengo por costumbre agraviar. En este sentido sigo un consejo que me enseñó Rodríguez Camusso y que él aprendió de don Eduardo Víctor Haedo: cuando insultes no nombres y cuando nombres no insultes.

En cambio yo he sido reiteradamente agraviado en Sala. No es por el agravio que mi estilo disgustaba a quienes finalmente me expulsaron. Les molestaba que contase en La Radio quiénes faltaban a la Comisión de Asuntos Laborales, que yo presidía, o que diera a publicidad que determinado proyecto había sido "encajonado". Lo que pasa es que yo tengo posiciones muy definidas y prefiero expresarlas claramente, sin rodeos. Sé que eso provoca rechazo incluso en alguna gente de izquierda. Es que el país todo vive una gran contradicción: por un lado, la gente no quiere sufrir más y por otro, hay una gran indignación y nadie quiere resignarse. Entonces muchos tienen una actitud ambivalente y, frente a cosas como las que yo suelo decir reaccionan a la vez de dos maneras distintas. Por un lado, se sienten representados y dicen: "¡Qué bien estuvo Germán!: les cantó cuatro verdades". Y enseguida agregan: "¡Qué bestia! Hay cosas que no se deben decir".

—¿Por qué usted concentró casi todas las denuncias del Frente por las violaciones de los derechos humanos cometidos durante la dictadura? ¿No hubiera sido más eficaz repartirlas entre los 27 legisladores frenteamplistas?

—Sin duda. Pero no fue culpa mía. Jamás me negué a que el tema fuera tomado por otro compañero. Eso sí: cuando pasaba demasiado tiempo sin que se planteara una denuncia optaba por hacerlo yo, aun a riesgo de aparecer como monotemático. En el Senado le dediqué mucho más horas a la materia jubilaria que a los derechos humanos. También trabajé muchísimo en temas laborales, agropecuarios y de la enseñanza. Sin embargo, la prensa —incluso la de izquierda— sólo me entrevistaba por cuestiones vinculadas con los derechos humanos. Por eso yo creo que cuando se decidió mi expulsión del Senado —una medida que sin duda se debió en gran parte al sentimiento de culpa de quienes habían votado la ley— lo que hicieron fue sacar del medio, más que a la persona, al símbolo.

—Seis meses antes de su expulsión se divulgó en el Senado la carta que en 1979 usted le escribió al general Iván Paulós, entonces jefe de Inteligencia Militar, con el propósito de limpiar su ficha y lograr que le concedieran un pasaporte. ¿Cómo valora hoy el haberla escrito?

—Gracias a esa carta obtuve el pasaporte y pude hacer los contactos entre los dirigentes políticos de la clandestinidad y los del exilio, tal como me lo venían pidiendo. En ese documento no acusé a nadie. Me limité a declararme ajeno a toda organización política de izquierda y a presentarme como inofensivo para la mentalidad militar. Actué, en definitiva, como cualquier militante de izquierda preso o perseguido. Tanto yo como muchos compañeros con los cuales había compartido el contenido de la carta, consideramos que había logrado una victoria extraordinaria al engañar al servicio de inteligencia. Gracias a eso, además de que me dieran un pasaporte, la limpieza de mi ficha contribuyó a la supervivencia de la radio. El hecho de que en 1986 la derecha haya hecho una explotación política de ese documento, utilizándolo fuera del contexto histórico en que fue escrito, no me hizo cambiar de opinión: sigo pensando que fue un éxito presentar esa carta. Y si alguna gente de izquierda tiene alguna objeción es porque no se vio enfrentada a situaciones como a las que a mí me tocó vivir en aquellos años.

—¿Cómo podía resultar engañado mediante una declaración un servicio de inteligencia que diariamente escuchaba la prédica de La Radio?

—No me cabe la menor duda de que los engañé. Es más: creo que hay muchos militares que se deben haber dado la cabeza contra la pared cuando en 1984 vieron que yo encabezaba la lista al Senado de Democracia Avanzada. Lo que yo logré hacerles creer es que la prédica de La Radio respondía a razones de conveniencia económica. Hablar en favor de la democracia atraía audiencia y el público siempre atrae avisadores. Es, un poco, lo que hoy hace, en la realidad, el Canal 4: nadie cree que Romay sea de izquierda, pero por las razones que sean —sin duda comerciales— decidió hacer un noticiero plural.

—El general Liber Seregni declaró hace poco que no le parecería mal convertir a PLUNA en una empresa mixta, siempre que el Estado conservara la mayoría del paquete accionario. ¿Cuál es la opinión de la CUF?

—El tema debe ser discutido a nivel del Frente. Nosotros seguimos defendiendo el papel del Estado; creemos que éste no debe replegarse. Pero no nos cerramos a ultranza: estamos dispuestos a revisar nuestras posiciones y pensamos que, con relación al tamaño del Estado, vale la pena estudiar cada caso concreto. De todos modos, en principio y a título personal, creo que PLUNA es una de las empresas que debe seguir íntegramente en manos del Estado.

—¿Por qué los sectores que componen Democracia Avanzada no marcan sus propios votos presentando distintas listas dentro del sublema común?

—Nosotros lo propusimos como una posibilidad a la cual se llegará sólo en el caso de que hubiera total acuerdo de los demás sectores. El propósito era, simplemente, el de saber a cuántos ciudadanos representábamos. Pero vimos que no había ambiente para esa iniciativa y no insistimos. Lo que se nos dijo es que la separación de listas podría interpretarse como un abandono de los demás sectores al nuestro, cuyo principal dirigente había sido injustamente expulsado del Senado.

—La CUF parece tener mayor adhesión entre las mujeres y la gente de mayor edad. ¿Por qué?

—Es verdad, y creo que se debe sobre todo al papel de La Radio. El público de la radiodifusión en general está compuesto, mayoritariamente, de amas de casa y de gente de la tercera edad. Los adultos, que en este país tienen dos y tres trabajos, no pueden escuchar la radio.

—¿Y los jóvenes?

—Escuchaban más en los últimos tiempos de la dictadura. Hoy la oyen mucho menos y prefieren sobre todo la música. Es parte de ese fenómeno y más global, que a mi juicio es el problema más grave del país: el de que su juventud está descreída del sistema democrático. No es por su culpa. En 1983 y 1984 nosotros mismos contribuimos a que la gente creyera que la única contradicción era entre civiles y militares, a que era lo mismo Sanguinetti que Zumarán o que el Frente. Las diferencias quedaron ocultas tras la consigna de la unidad. En La Radio promovimos a figuras como Manuel Flores Silva y Juan Raúl Ferreira. Los jóvenes creyeron, además, que la democracia traería consigo todas las soluciones. Después llegó la decepción la frustración. Y ellas no sólo alcanzan a quienes no cumplieron con sus compromisos, sino a todos los dirigentes e incluso a todo el sistema democrático. ●